

BRENDA LEWIS



NUNCA
VOLVEREMOS
A SER LAS
MISMAS


ESPASA

BRENDA LEWIS

NUNCA VOLVEREMOS
A SER LAS MISMAS



© Brenda Lewis, 2024
Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.
© Espasa Libros, S.L.U., 2012
© Editorial Planeta, S.A., 2024
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2024

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 499-2024
ISBN: 978-84-670-7166-5

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Unigraf, S. L.
Impreso en España-Printed in Spain



PRIMERA PARTE

¿CRISIS? ¿QUÉ CRISIS?

ROSSI

Tropecé con Rossi en una emisora de radio. Ella era una conocida colaboradora habitual del programa y yo, una entrevistada a la que el director había llamado para que comentara desde mi visión de abogada una novedad en la legislación sobre nuevas propuestas de igualdad, violencia de género, incumplimientos de acuerdos abusivos, etc. No me gustó. Rossi, quiero decir. Aunque también es cierto que esa tarde —y estamos hablando de hace más de diez años— le habría escupido en el café al mismísimo George Clooney. Quién iba a decirme entonces que Rossi terminaría convirtiéndose en mi mejor amiga, sobre todo teniendo en cuenta que ella es todo lo que no combina bien conmigo. Aunque nos llevamos siete años —Rossi cumplió cuarenta y tres en mayo y a mí me tocan los cincuenta en nada—, no aparenta más de treinta y cinco: pelo rojo y rizado, ojos verdes, buena piel, pecas donde deben estar y sonrisas a tutiplén. De todas las mujeres que me rodean —y como abogada matrimonialista que soy, doy fe de que no son pocas—, ella es la que mejor sonrío. Es por la televisión, o lo era al menos en aquel entonces. Ahora sería más acertado decir «por la cámara». Tiene todas esas armas que una mujer de su perfil necesita para ser actualidad: un canal de

YouTube con no sé cuántas ks o gs o hs de visitas semanales y todo tipo de cuentas en Instagram, TikTok y lo que sigue, incluido un pódcast llamado «¿En serio, Rossi?» al que invita a gente con otros tantos miles de ks de quienes jamás he oído hablar. Vive acostumbrada a que la miren y a que la escuchen, y también a dar consejos. «RossiPi» —«Rossi por lo de pelirroja y Pi por lo de hasta el infinito y más allá», me contó ese primer día, esperando de mí una reacción que no llegó—, ese es el nombre con el que cohabita con el mundo. Inteligencia emocional, píldoras de sabiduría de toda la vida y esas mandangas que divulga con su sonrisa llena de brillos como si repartiera biblias gratis. Esa es Rossi, aunque no solamente, porque Rossi son dos en una. Por un lado, está la que sonrío, la que funciona con la arroba delante, cómoda en la celebridad. Luego está la otra, la que vive debajo. A esa no la conoce su público.

Lo perdería.

Lo sabe ella y lo sé yo.

Pero es que eso es la amistad: saber y callar.

* * *

—Maica, si quieres que las cosas cambien, tienes que poner un poco de tu parte. Y, sobre todo, ser más tolerante, por favor te lo pido —ha insistido cuando ha oído mi respuesta, la misma que llevo dándole cada vez que vuelve a darme la turra con el tema. Ella ni ha parpadeado: móvil en mano y esa expresión de infinita compasión que tan bien le conozco y que se traduce en: «Sí, ya lo sé, pero este es distinto, tesoro». En la pantalla de

su teléfono, un tipo que se hace llamar Adolfo, vestido con una camisa de flores remangada y pelo engominado, suelta una lista infinita de estupideces sobre el paraíso de macho alfa sevillano que está dispuesto a ofrecer a una mujer «de verdad» y «con valores».

«Tolerante», dice Rossi.

Y me lo dice a mí, que todos los días veo pasar por mi bufete a decenas de hombres y mujeres que no solo han perdido el respeto por sus respectivos ex y lo que se prometieron mutuamente en su día, sino que además trampean con sus hijos como si fueran equipaje de verano y se extorsionan, se mienten y se traicionan hasta límites que nadie es capaz de sospechar.

No, solo Rossi es capaz de llamar intolerante a una abogada que con casi treinta años de trabajo a la espalda no ha intentado clavarle un abrecartas en el ojo a ninguno de los maridos de sus clientas. Ni a sus abogados. Ni a ellas.

Todavía.

He preferido mantener la calma y también el tono.

—No, Rossi, déjanos en paz a Tinder y a mí —ha sido mi respuesta, apartando su móvil a un lado. Y dale con el maldito Tinder también ella. Como si esto que yo tengo, que yo creo que es vejez anticipada y poco más, se solucionara con jugártela en esa ruleta horrible en la que una escoge pareja por catálogo como se hacía con las antiguas agencias matrimoniales, o como se escoge un vino por el nombre y la etiqueta, sobre todo sabiendo como yo sé lo que viene a continuación—. Tinder es como el número de la ONCE, Rossi: la desilusión de todos los días. Y eso, perdona que te diga, no tiene nada que ver

con la intolerancia —he casi terminado—. Y ya que estamos, te diré algo más: es muy machista y barato pensar que cuando una mujer tiene lo que yo, que no sé exactamente lo que es, porque son varias cosas a la vez, la solución es pillar a un hombre. Horrible. Vivimos en el pleistoceno y es culpa nuestra. Toda.

—Tinder está bien, y lo sabes —ha insistido ella, sin inmutarse, acercándose el móvil a la cara y echando un vistazo rápido a la cascada de mensajes que acababa de recibir—. Y tú estás mal, y las dos lo sabemos. O sea, la ley de la relatividad, la combinación perfecta, el yin y el yang, Cleopatra y Marco Polo.

Marco Polo. Ya.

Me ha tocado inspirar hondo. Hay un 99,9 por ciento de posibilidades de que Rossi ni siquiera conozca el enunciado de la ley de la relatividad y mucho menos que sepa a quién se le ocurrió. En situaciones así, a veces me imagino cogiéndole el maldito teléfono con sus malditos mensajes y sumergiéndolo en el vaso lleno de la porquería esa que toma con sabor a rueda antes de hárselo tragar.

Kombucha, así se llama la porquería, justo ahora me acabo de acordar.

—Te pasas mil horas al día en el despacho rodeada de mujeres desesperadas que, perdona que te diga, no son un derroche de energía positiva que digamos —ha dicho sin mirarme—. Y eso termina afectando a cualquiera. Se contagia. Mala energía llama a mala energía. No hay más que coger dos imanes y ver lo que pasa. ¿Qué pasa? Pues eso, ahí lo tienes. —«Dios mío —he pensado—, cómo será ese pódcast con Rossi entrevis-

tando a esa gente que pilla por ahí»—. Si estás en crisis, o consigues que tu vida cambie o cambias de vida, no hay más —ha concluido con cara de quien acaba de decir la única verdad que a Buda no le dio tiempo a compartir.

Ni siquiera me he reído.

—No tienes nada en esa cabeza, Rossi —le he soltado, dándole un trago a mi cerveza 0,0—. Pero te perdono, porque lo sé desde el primer día, y como no hice nada en su momento, no tengo derecho a quejarme.

Además de vernos cuando nuestras agendas nos lo permiten, las dos coincidimos todos los martes en clase de danza del vientre. Lo de la danza del vientre es una reliquia, lo sé, bien que se encarga mi hija de recordármelo cada vez que me pilla en el vestidor preparándome la bolsa los lunes antes de acostarme. La clase de ventresca —así la llama mi niña—, el único remanente de la vieja escuela que sobrevive en el gimnasio, un centro femenino de ocho plantas de cuyas instalaciones Rossi y yo disfrutamos sin pagar un solo euro, gracias a los quinientos cincuenta mil seguidores que @RossiPi —es decir, ella— acumula en una de sus cuentas y a que su pódcast, que enlaza también con su canal de YouTube, promociona sin ningún disimulo las maravillas de los productos y ofertas del club.

—Zumba, *crossfit*, *poledance* o... hummm, danza del vientre también podría ser —nos ofreció en su día Diana G., la encargada mulata de actividades que nos miraba como la misma serpiente Kaa habría mirado a dos ratonas no comestibles y en cuya tarjeta dorada de identificación ponía *Low Intensity 1. Vip Senior Groups*.

Decidí yo. Fue danza del vientre por descarte natural —¿Qué porquería era esa de *poledance*?—, aunque tuvimos que esperar dos semanas para que se apuntara alguien más al grupo, porque el mínimo de almas benditas inscritas para que aquello echara a rodar era de cuatro alumnas. Sin embargo, ahí estaba Rossi dispuesta a mover sus hilos. Al poco aparecieron dos interesadas más. Una de ellas, que por su edad debía de ser la madre de la última preboomer viva de su generación, tardó dos sesiones en no volver.

En clase, Rossi mueve la cintura como si despejara pelotas de pimpón con esas caderas de adolescente que tiene mientras Virgin, la profesora, no para de gritar: «¡Como Shakiras, niñas! ¡Como Shakiras!» y todas —solo quedamos nosotras y una islandesa de cintura de edad indefinida y mirada ausente por cuya boca no ha salido jamás sonido humano alguno— cerramos los ojos y no nos imaginamos a Shakira, sino a Piqué en plena despedida de soltero... y, por supuesto, sin la llorona del reguetón colgada del brazo.

«Niñas», nos llama Virgin. Bendita sea.

Después de clase, Rossi y yo nos tomamos algo *light* en la terraza cubierta del gimnasio que da a la calle, ya duchadas y descuajeringadas. Mientras esperamos a que nos sirvan, ella aprovecha para dar de comer a las redes con una de sus fotos de chica saludable, enseñando a cámara el brebaje ese hediondo y acompañando lo que sea que publica con alguna frase tipo: «El ejercicio nos da la vida, y la piel, que tiene memoria, es un alma agradecida», que encima tiene la desfachatez de hacer rimar.

—Haz una lista de cómo te ves, cielo —me ha dicho hace un rato en el vestuario, jugando a hacerse conmigo la psicóloga repartidora de biblias. Estaba apoyada en las baldosas violetas de la pared de la sauna, probando la luz para ver si se sacaba alguna foto que pudiera valerle—. Así, a bote pronto. Una lista pequeña. A ver qué se te ocurre.

Todo ha empezado porque después de clase he tenido un momento de esos que desde hace unos meses me dan cada vez más a menudo, en los que me sorprendo mirándome en el espejo y lo que veo es una Maica igual a mí, pero con un cincuenta enorme clavado en la cocorota como un par de velas de esas de pastel congelado, y empiezo a preguntarme cosas, cosas que no hacen bien porque no tienen final feliz, pero que no puedo evitar porque el espejo me las plantifica ahí delante, diciéndome: «Hola, Maica, soy el fantasma de tus errores pasados, presentes y futuros y vengo a decirte que ya casi has consumido media vida y mírate. ¿Qué ves? ¿Ah, sí? ¿Eso ves? ¿Y no te gusta? Pues espera a que te enseñe lo que no ves, así que mueve el culo y HAZ ALGO para que cuando vuelva a visitarte la próxima vez no vayas a encontrarte en el espejo a la hermana barbuda del Grinch».

Muy mala cara debe de haberme visto Rossi para haber dejado de lado su móvil y preguntarme por mí.

He intentado explicarme, resumiéndoselo un poco como seguramente lo habría encontrado escrito en el Rincón del Vago, pero no me ha dejado terminar.

—Tonterías, cielo —ha dicho—. Todo el mundo sabe que los cincuenta de ahora son los nuevos treinta y ocho.

La he mirado en el espejo, preguntándome cómo habrá llegado ella a ese cálculo tan preciso. «¿Por qué treinta y ocho?», he estado a punto de preguntar.

—Venga, inténtalo. Ya verás —ha insistido con su sonrisa de «*coach online*»—. A ver con qué nos sorprende esa lista.

No pretendía hacerle caso, pero el inconsciente, incluso el de las abogadas racionales y peleadoras como es una, va y viene por su cuenta, suelto como un perro hambriento entre los contenedores de basura de un McDonald's.

Mi lista mental ha sonado en mi cabeza más o menos así: «Abogada, divorciada, un exmarido que es un catálogo de carencias, todas ellas repetidas en el noventa y nueve por ciento de los hombres que pueblan la Tierra, cincuenta años en breve, madre sola e hija de una madre también divorciada que dice que no quiere morir sin haberse tirado en paracaídas y una hermana con el cerebro de un mosquito y merecedora de un castigo corporal cada ocho horas», me he oído pensar mientras me secaba el pelo con la toalla.

—Estoy vieja, Rossi —me he limitado a responder—. Y dentro de dos meses, más. No me presiones. Así de simple y así de... de poco tolerante.

También he querido decirle que le agradecería que dejara de hacerse fotos mientras mi inconsciente le hablaba de cosas serias, pero enseguida he caído en la cuenta de que no me habría entendido.

Rossi es mi relación consentida más antigua y sobre todo es una buena amiga, vaya eso por delante, pero lo es porque la conozco bien y sé de lo que hablo cuando hablo de ella. A veces —a menudo— la estrangularía,

pero tiene un corazón de oro y hay que tomarla como es, con sus rollos de inteligencia emocional, su vocecilla de experta en nada, los baños de bosque urbano y el deneral que se embolsa en televisión y en las redes por promocionar porquería y media y dar consejos manidos a mujeres, desesperados y viceversa sobre cómo sobrellevar las inmundicias que ven y oyen en otros programas y vete tú a saber dónde más. El día en que nos conocimos, esa tarde de entrevista en la emisora, coincidimos luego en el ascensor al salir del estudio. Ya en la calle, me preguntó si me apetecía tomar un café.

—Quería hacerte una consulta profesional, si no es mucha molestia —dijo. Quise responder que no, pero cuando me di cuenta estaba sentada con ella a una mesa de la cafetería que había en aquel tiempo junto a la emisora, yo con un café, ella con un té verde y una magdalena sin azúcar.

Una hora más tarde, su pregunta no había llegado. En su lugar —conociéndola, eso ahora jamás sucedería— había aparecido un chorro de maldiciones, confesiones, verdades, heridas y cicatrices recientes —un marido traidor, cuernos recién descubiertos, divorcio a la vista, una madre descontrolada y con unas ganas irrefrenables de libertad, las obras del despacho nuevo que se alargaban porque el contratista me tomaba por idiota (por mujer)— que mi propia voz fue desparramando sobre la mesa como una impresora 3D de venenos cotidianos y sin freno después de que ella, recién sentada y taza de té en mano, preguntara, queriendo romper el hielo:

—Perdona la confianza, pero parecías un poco tensa en la emisora. ¿Estás bien?

Como un dragón. Así me recuerdo durante esa primera hora con ella. Rossi había hecho la pregunta adecuada en el peor momento de mi semana y, con la taza intacta todavía en la mano, me miraba sin parpadear, abrumada por la furia sin fronteras del demonio de Tasmania que tenía sentado delante.

—Si me permites un consejo, Maica, tienes que dejar de estar tan enfadada con el mundo, cielo —me dijo con esa sonrisa azucarada de quien sabe escuchar porque no procesa ni una palabra de lo que oye, en un exceso de confianza que enseguida le perdoné porque entendí que estaba acostumbrada a que quienes la rodeaban recibieran sus palabras como si les hubiera tocado la lotería.

La miré, avergonzada y arrepentida de haberme vaciado así delante de una desconocida que encima ponía a mi vergonzosa escena un colofón como aquel. Me habría retorcido el pescuezo. A mí y también a ella. En vez de eso, me terminé el café de un trago y le dije:

—No estoy enfadada con el mundo, Rossi. Estoy enfadada con el cretino de mi exmarido piloto por haber confiado en él y haber dejado que me convenciera para que adoptáramos a mi hija, cuando en el fondo tenía ya un pie y medio fuera de casa y dos pies dentro del apartamento de la azafata holandesa a la que se tiraba en nuestra propia cama mientras yo creía que acabábamos de formar eso que él llamaba «una familia».

Rossi parpadeó y tragó saliva.

—¿Quieres que hablemos un poco más? —preguntó, poniéndome la mano en el brazo, con una mirada de paciencia ajustada a las cámaras y a los focos de un plató.

—No —respondí—. Lo que quiero es que me recomiendes a una buena canguro que hable español y a un par de rumanos para que le desmiembren las manos a mi ex y no pueda volver a fornicar a doce mil pies de altitud. Y, mira, ya que estamos, de paso que le arranquen las uñas horrendas esas a la holandesa que me ha estado ensuciando las sábanas durante este último año.

* * *

No volví a ver a Rossi hasta pasadas unas semanas de esa tarde de café y consejos. Cuando nos despedimos, supuse que nunca más sabría de ella después de la que le había volcado encima, sobre todo porque ni siquiera le había dado la oportunidad de hacerme la consulta que nos había llevado a la cafetería.

Me equivoqué. Al cabo de un par de días empecé a recibir los mails que ella mandaba ya en aquel entonces con sus cursos y con las bobadas sobre constelaciones, talleres de dramatización y «vive hoy como si el mañana fuera una nube de gominolas», y que ya no me enviaba porque sabe que van directos a la bandeja de *spam*. Dos semanas más tarde recibí uno personal en el que me anunciaba que había encontrado a la canguro de marras.

La llamé.

—¿Y los rumanos? —aproveché para preguntar—. ¿Me has encontrado al par de rumanos?

Suspiró al otro lado de la línea.

—La chica es un encanto —dijo—. Se llama Sarah. Con hache. Te gustará.

—¿Sarah-con-hache? —pregunté—. ¿Se puede saber qué nombre es ese? ¿Habla español?

(De la entrevista con Sarah hablaré más adelante. Y sí, hablaba —y todavía habla— un español perfecto. Antes, termino con lo de Rossi).

Esa misma semana, Rossi me llamó hecha un mar de lágrimas. Casi no podía hablar. Le habían encontrado un bulto en el pecho, dijo cuando por fin recuperó la voz. Aunque no me llamaba por eso. O sea, no pero también. Resultó que lloraba de alivio, porque acababa de saber que el bulto era benigno, y también de horror, porque el que resultó no benigno era su chico, un tipo quince años mayor que ella que además de ser su representante/gestor/amigo/padre y maltratador psicológico de libro —eso lo sabría después—, acababa de dejarla con una mano delante y otra detrás, literalmente.

—Estoy en mi estudio —dijo, volviendo a las lágrimas— y no hay nada.

—¿Nada? ¿Cómo que nada?

—Ni los enchufes. Cuando he abierto la puerta he creído que me había equivocado de local.

En ese momento no me pregunté por qué de entre toda la gente que debía de tener a su alrededor me había elegido a mí para compartir algo así. Obviamente, necesitaba una abogada, y actué como suelo hacerlo siempre que la desgracia llama a la puerta: puse la maquinaria en marcha y la acompañé durante los dos años que duró la guerra contra aquel perro de presa.

(Quiero aclarar que ganamos. Y también que, a pesar de eso, ese cuervo sigue por ahí suelto, haciendo de las

suyas con perfiles parecidos al de Rossi. Pero no te relajes, querido J., te sigo la pista y llevo unas tijeras en el bolso).

No me costó entender, a partir de mi relación laboral y personal con Rossi, que si me había llamado a mí, era porque en realidad solo tenía vida pública. Mucho ruido fuera y poco calor dentro. Esa era y sigue siendo Rossi. Su mundo privado era ya entonces un desierto que mantenía siempre oculto, incluso de sí misma. No me importó.

A partir de ese día, entre otros cientos de cosas, todos los años vamos juntas a nuestras revisiones. Ella comparte ahora a mi ginecóloga. Cuando se acerca el día, me envía un wasap, aunque hayamos hablado por teléfono o nos hayamos visto horas antes, en el que simplemente escribe: «Martes, día x, hora tal». Yo sé de lo que me habla y sé también la angustia que siente, porque si hay alguien que intenta no pisar un hospital y que espera hasta el último minuto para llamar a un médico cuando se encuentra mal, esa soy yo, aunque desde que me convertí en madre he tenido que aprender a controlarme, porque con las niñas no hay elección. Mi respuesta, cuando recibo su wasap, es siempre la misma: «Al salir, el Club de las Tetas Sanas comemos en un japo y nos ponemos moradas de *mochis* de fresa, ¿ok?».

Ella me manda un *smiley* amarillo y un girasol.

Esa es mi Rossi.